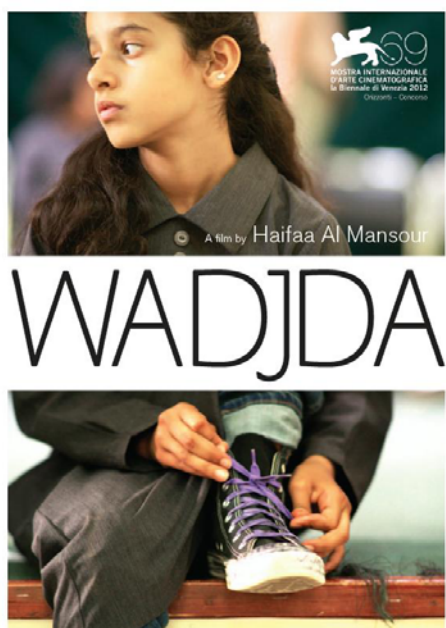


LA BICICLETA VERDE, de Haifaa Al-Mansour. 2012



En “La bicicleta verde” contemplamos la aventura de una niña, Wadjda, cuyo deseo –tener una bicicleta- no es reconocido ni aceptado por su familia ni por la cultura islámica en la que vive... La bicicleta es una promesa de vida libre para esta niña en una sociedad que no le permite vivir su pre-adolescencia con libertad, un símbolo de apertura al mundo, de vitalidad y espontaneidad. Pero este deseo, a pesar de su inocencia y su naturalidad, se convierte en un impulso subversivo, un deseo prohibido que genera situaciones de gran emoción y lirismo a la vez que de un

velado dramatismo y de un sutil sentido del humor...

En este universo tan cerrado y opresivo, tan restrictivo y censor, el hecho de haber nacido mujer tiene muchas desventajas, y entre ellas está el hándicap de no tener el suficiente “valor” como para figurar en el árbol genealógico paterno y colmar así el orgullo del padre ante su propia familia de origen.

Estamos acostumbrados a los films duros o dramáticos de denuncia de la situación de la mujer en sociedades patriarcales, opresoras para con el principio femenino, pero esta mirada que se recrea en la realidad cotidiana con tanto feeling y sentido del humor nos hace llegar su denuncia de un modo mucho más sutil a través de muchos detalles aparentemente sin importancia: podemos asomarnos, por ejemplo, a través de la mirada de su realizadora, -en la que se mezclan la ternura y la crítica-, a la cotidianeidad de una casa islámica, tan similar a las nuestras en muchos aspectos, y contemplar con naturalidad su manera de vivir de puertas para adentro, pero asimismo esa mirada nos permite también apreciar la terrible diferencia entre esos interiores tan reconocibles, y por otro lado la calle, tan desangelada y fría, una calle en la que las mujeres, o no están, o sólo aparecen fugazmente, ocultas tras sus velos negros, una calle que no está hecha por ni para la mujer, y donde su ausencia se traduce en el vacío y la tristeza de una calle sin alma....

Pero en este universo donde la mujer está relegada a un segundo lugar, quedan las relaciones de amistad y sobre todo las relaciones madre-hija. Y ahí es donde la baza de la película se juega de un modo genial. La madre, una joven y hermosa maestra de escuela infantil, muy enamorada de su marido, se ve atrapada en una realidad en la que el amor no sirve para mantener a su familia unida. El padre, a su vez, atrapado en la necesidad de dar una imagen respetable ante su familia de origen por medio de tener un hijo varón, se siente forzado a abandonar a la mujer que ama para casarse con otra que le de este hijo deseado.



En ambos sufre el principio femenino, ambos son víctimas de los planteamientos culturales que aplastan la realidad del eros y dejan de lado la verdad del amor.

A los ojos de un occidental, sorprende la manera cómo esta mujer “acepta” con aparente naturalidad que su familia se rompa y su marido se aleje hacia nuevos espacios familiares, que “comprenda” la elección de su marido y acepte el destino que le espera a partir de ese momento, la soledad a la que se verá abocada; su manera de entender y vivir la religión y las convenciones sociales le hacen aceptarlo, pero el sufrimiento queda ahí, y también la imposibilidad de asumir esa realidad inasumible.

Y en este entramado familiar tan castrador, nos encontramos a Wadjda, la hija de ambos, cuya necesidad de libertad interior se canaliza a través del deseo de la bicicleta verde, tan en contra de los planteamientos represores de su entorno... pero la espontaneidad, la tenacidad, la inocencia y la naturalidad apoyan ese deseo, un deseo que se abre camino a pesar de los intentos restrictivos de la madre, de

la rígida escuela, de la escandalizada e hipócrita maestra y del equipo educativo que la rodea y la apoya.



Pues pese a todos esos impedimentos, hay una energía en ese deseo que va hacia adelante con la fuerza de un proceso natural, y nos hace sentir el impulso insistente de una realidad que está de acuerdo con la vida, un impulso tan renovador y refrescante como el verde de la bicicleta.

La enorme distancia entre la madre y la hija, la diferencia entre la visión del mundo de ambas: la una, de aceptación y sumisión, la otra, de independencia y asertividad natural, como dos aspectos contrapuestos del principio femenino, se deshace ante el cariño y la complicidad entre ambas, ante su realidad de ser las dos igualmente mujeres oprimidas en una sociedad tan patriarcal, y ese es precisamente el puente que se tiende entre sus dos maneras diferentes de entender el mundo, pues la comprensión y solidaridad entre las dos se salta las barreras creadas por esa sociedad que tanto las está limitando.

El principio femenino, su expresión en estas dos mujeres, tiene la fuerza de una realidad sencilla y genuina en este film rodado a su vez por una mujer. Las reivindicaciones feministas, la dramatización a partir de las desigualdades, es algo que conocemos muy bien en las historias de vidas de mujeres en nuestras sociedades patriarcales, tan recreadas en la literatura y en la pantalla, pero lo novedoso de esta película es que nos va mostrando los resquicios, las grietas por las que lo femenino va haciéndose fuerte sin apenas planteamientos excesivamente dramáticos, solamente apoyándose en la realidad emocional, en las necesidades vitales que van ganándole el terreno a unas actitudes sociales dominantes para las que no cuentan ni los

valores ni las necesidades del principio femenino, tanto en mujeres como en hombres.

Es una realidad que el principio femenino, tan terriblemente relegado durante siglos, pero cuyo avance resulta actualmente ya tan imparable, todavía está muy sometido en algunos países, como en la sociedad que aparece en el film, por eso es inevitable el reflejo y la denuncia del sufrimiento de estas mujeres, pero lo más interesante es que la película transmite algo muy esperanzador, y es precisamente que, aunque las mujeres estén oprimidas, aunque se las considere seres humanos de segunda categoría, aunque no tengan los mismos derechos que los hombres en la mayoría de las sociedades, puede existir esa solidaridad entre generaciones, ese descubrimiento del propio valor como mujer, que hace que las madres descubran que no quieren permitir que sus hijas vivan la misma opresión que sufrieron ellas y que en lugar de reproducir los planteamientos patriarcales elijan tomar partido por sus hijas.

Por eso esta película no es solamente un canto a la libertad y a la esperanza, sino también a la solidaridad y la complicidad entre mujeres de distintas actitudes y generaciones, y a sentir, o a defender, el principio femenino y sus valores como una realidad imparable en nuestras sociedades actuales.



María Mora Viñas

Valencia, Octubre de 2013